

APUNTES NECROLÓGICOS.

D. TIMOTEO DE LOYZAGA Y LANDA.

No hay nada que condeela más el corazon del hombre que ha llegado á la edad provecta, que la pérdida de uno de esos amigos de la infancia á quienes toda la vida se ha tratado con la mayor intimidad, y que son, por decirlo así, como pedazos de nuestros cuerpos, de los que no nos podemos desprender, ni dejarles de recordar á cada instante. Cuando el hombre llega, ya maduro y viejo, á perder uno de esos amigos, experimenta en lo material algo que, sin saber cómo, le aniquila las fuerzas; y en lo moral, el sentimiento más vivo que hiere todas las fibras del corazon y le abrumba la cabeza con los pesares más profundos.

Estos efectos dolorosos hemos experimentado los que, como el autor de estos apuntes necrológicos, estuvo unido desde la más tierna infancia con estrecho lazo al caballeroso y honrado patricio que exhaló el último suspiro en su palacio de Guernica á las tres de la mañana del día 8 de Enero de 1892, despues de haber sufrido con resignacion cristiana, lenta pero incurable é insidiosa enfermedad.

Nació D. Timoteo de Loyzaga el año de 1818 en la villa de Guernica de donde procedian sus últimos antecesores, si bien la cepa de la familia echó la primera raíz en el Concejo de Galdames, donde todavía campea su torre solar y se extiende un valle con su nombre. Fueron sus padres D. Casimiro de Loyzaga y D.^a Francisca de Landa, aquel el más notable abogado que tuvo Bizcaya en punto á conocimientos de su Legislacion Foral, diputado á Córtes en 1820, senador

electo en 1839 y consultor vitalicio de la Diputación General desde 1826 á 1840 en que falleció. Trasladado á Bilbao á luego de la caída del Régimen Constitucional en 1823 y provisto su hijo Timoteo de los rudimentos de las primeras letras, ingresó en 1826 en el Colegio de Humanidades de Santiago de Bizcaya, en el que estudió toda la primera enseñanza y geografía, historia, moral, dibujo, latin y matemáticas, estas con el ilustrado catedrático D. Juan de Echebarria, distinguido discípulo del gran D. Alberto Lista, director de este colegio, y de quien y á la vez fué Loyzaga discípulo predilecto. Cuando en el mismo Colegio y en aulas separadas estudiaba primer año de Filosofía (1838) muerto el rey D. Fernando VII, y fué aclamado en Bilbao D. Carlos para ocupar su trono, y poco despues se encendió la guerra civil entre los partidarios de este Príncipe y los de la reina Isabel, suspendiéronse estos estudios por fallecimiento del director del Colegio D. Vicente de Baldivia, estudios que fueron reanudados tan pronto como se puso al frente de este cargo D. Atanasio de Ardanaz, abriéndose todas las clases, aunque con las dificultades que ofrecia para su desarrollo una guerra que despedazaba á las familias, y en la que militaban con encono y rabia salvajes padres contra hijos, y hermanos contra hermanos. No era posible, por lo tanto, que prosiguiese el Colegio con este estado de cosas la marcha serena que le correspondia, y mucho ménos con las voces que, ya al comenzar el año de 1835 corrian en Bilbao de que iba á ser prontamente sitiada, voces que, confirmadas por la sangrienta lucha, contribuyeron á que de repente huyesen á la desbandada los colegiales internos y los estudiantes de filosofía y de derecho. Loyzaga, y el que estas líneas escribe, como otros de sus compañeros, experimentaron las consecuencias de esta clausura, y aunque esperaron algun tiempo la apertura del colegio, nunca volvieron á asistir á él, porque fué declarada oficialmente su extincion fundada en el aspecto que habia tomado aquella bárbara guerra sin cuartel.

Llegada el año de 1836, y cuando más fresca se hallaba la imaginacion juvenil de Loyzaga con el fruto de la buena enseñanza que habia adquirido, pero cuya continuacion quedaba suspendida por las causas que acabo de enumerar, concibió el impensado proyecto de ingresar en el ejército carlista; y como nunca nos separábamos, en una tarde del mes de junio de aquel año, subíamos por el Tiboli la cuesta de Archanda, cuando al llegar próximamente á sus promedios

y á la vista del centinela carlista que vigilaba el campo desde la cumbre, deteniéndose un instante, me dijo:

—Me voy con los carlistas. ¡Adios!

Asombrado quedé al escucharle estas palabras pronunciadas con segura y resuelta voz, sin interrumpir el paso y sin escuchar las que yo le dirigía; y mientras él subía al punto donde el centinela se paseaba, yo bajaba mohino y apenado los escalones de Archanda, camino de mi casa.

Esta muchachada, como él mismo así calificaba más tarde á su escapatoria al campo carlista, le valió ingresar en la Compañía de Ingenieros mandada por el bilbaino D. Antonio de Echaniz, que guarnecía a Mondragon, y que sus jefes superiores que desde luego reconocieron la instruccion que poseía, sobre todo en matemáticas, le declarasen uno de los primeros oficiales del cuerpo, en el que continuó hasta que terminó la guerra, y fijó su residencia en Cádiz.

Corría el año de 1842, y curado ya de sus empujes militares, regresó á Bilbao, donde, y como era natural, le recibieron con el mayor júbilo sus amigos, admitiéndole en su compañía y dándole las pruebas más irrecusables de cariño. Su carlismo se desvaneció como el humo; y sin que se acalorase en las encendidas cuestiones políticas que se discutian en aquellos momentos por los castigos que habia sufrido el país á consecuencia de la insurreccion de 1841, no tuvo empacho en declarar sus sentimientos en favor de sus libertades y franquicias, torpemente atropelladas, y de la causa de la reina gobernadora, origen del levantamiento contra el general Espartero.

Restablecido el Régimen Foral, así como la calma que tan necesaria era á Bizcaya, tomó parte activa en el proyecto por mí concebido de publicar un *Viaje pintoresco por las Provincias Bascongadas*, comenzando por el Señorío de Bizcaya, para el que yo dibujaría y litografiaría las láminas, él levantaría un buen plano topográfico, echado de menos durante la guerra civil en que, por no haber otro, se usó el imperfectísimo de Lopez, y D. Francisco de Hormaeché, ilustradísimo y querido maestro en literatura, amigo nuestro, se encargaría de escribir el libro. Recorrimos toda Vizcaya trabajando con el mayor ardor; y Loyzaga, pertrechado de pocos pero muy buenos instrumentos, de algunos trabajos ya hechos por él en el campo carlista y de otros posteriores, y sobre todo de sus conocimientos geodésicos y topográficos, terminó en 1845 su hermoso *Plano Topográfico del M. N.*

y M. L. Señorío de Bizcaya que le valió las felicitaciones y aplausos más unánimes, y que sirvió dos años más tarde para la formacion del Plano Geológico que D. Carlos Collette, ingeniero del Cuerpo de Minas de Bélgica, llamado por la Diputacion General para reconocer las que existian en Bizcaya, acompañó á su *Reconocimiento Geológico* del mismo Señorío, el primero y más interesante libro que de su clase vió la luz en España y que sirvió de tipo y norma para cuantos se escribieron y publicaron despues,

La reputacion que de hombre ilustrado con tanta justicia se habia adquirido Loyzaga; su profundo conocimiento de las cosas del país debido al estudio de los buenos y raros libros que constituian su biblioteca formada con el fondo que le legó su padre el Consultor vitalicio del Señorío, á la que él aportó considerable número de excelentes y curiosos volúmenes hasta hacerla copiosísima y variada: su buena posicion social y sus relaciones de parentesco con las más linajudas familias, amen de su afable y leal carácter, le llevaron muy jóven a ocupar el honorífico puesto de Diputado General en el bienio de 1848 al 50 en que fué proclamado en las Juntas de Guernica, juntamente con el Sr. D. José María de Jusué. En su bienio acometió con proyectos tan importantes como necesarios; dejó escritos algunos trabajos sobre apertura de carreteras y de comunicaciones, y defendió al país con tanta energía y recto juicio, ayudado de su compañero, contra los injustos ataques del gobierno central, que logró desbaratarlos dejando una notable defensa para enseñanza de administraciones venideras. Poco despues fué nombrado diputado á Córtes por el distrito de Durango y más tarde por el de Guernica, mereciendo por sus aptitudes ser reelegido en diferentes legislaturas; comisionado en Córte con D. Francisco de Hormaeche; Padre de Provincia; Senador del Reino con D. José de Zabálburu, y Miembro muy escuchado en las sesiones que celebraba el Gobierno universal de Bizcaya con asistencia de Padres de Provincia. Desempeñó tambien el cargo de alcalde de su villa natal, y formó parte de cuantas comisiones nombraban las diputaciones para los casos árduos y de difícil arreglo.

Retirado á su casa de Guernica y entregado al estudio y á los goces de la familia y bienes materiales, se vió atacado hace pocos años de una enfermedad de la vista, al propio tiempo que de otra más insidiosa, dejándose operar de la primera con el éxito más desastroso. Quedó ciego, pero con resignacion tan filosófica y cristiana, que ni

una sola queja prorumpieron sus labios contra quien le imbuyó tan mal consejo. Y á pesar de esta desgracia, que constituía para él la pérdida más grande, porque le privaba de la lectura que tanto amaba; á pesar de que su crónica enfermedad ganaba terreno cada día y él no lo ignoraba, su espíritu tranquilo y valeroso se ocupaba, en los ratos que no sufría, de referir á su familia cuentos de sus años juveniles y narraciones humorísticas y jocosas, con las que creía distraerla y despreocuparla del afligido estado en que se hallaba.

Así alargó la vida algunos meses, hasta que agotadas las fuerzas por la privación de alimento que no podía tolerar y por el consiguiente desfallecimiento de la vida, exhaló el último suspiro en brazos de su esposa, que no le abandonó hasta el último momento, y de sus hijos, que la ayudaron á soportar tan imponente como desgarradora escena.

Don Timoteo de Loyzaga, por su ilustración y por su amor al país, fué uno de los hombres más notables de su época, un cumplido caballero y un leal y consecuente amigo. Jamás le conocimos quien le quisiera mal.

R. I. P.

JUAN E. DELMAS.



EL R. P. PIO.



El elocuente orador Sagrado que sirve de epígrafe á estas líneas, nació en 27 de Julio de 1857, en un pequeño pueblo de la provincia hermana de Alaba, en Roitegui, y llamábase en el mundo Santiago Arroniz. Desde muy temprano manifestó gran predilección por la carrera eclesiástica, cuyos estudios hizo con notable aprovechamiento.

Ya en el Claustro, distinguióse pronto de sus compañeros, llegando á ocupar elevadísimos cargos en la orden del Carmelo, desempeñando en la actualidad el de Prior del Convento establecido en Vitoria, en donde era universalmente querido.